

1833

# EL TEATRO.

**COLECCION**

DE

**OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.**

**VERDE Y MADURA,**

**JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO,**

ORIGINAL DE

**D. PEDRO MARIA BARRERA**

Y

**D. ENRIQUE G. BEDMAR.**



**MADRID:**

**ALONSO GULLON. EDITOR,**  
PEZ, 40.

Oficinas: POZAS, 2, 2.º

1877.



# VERDE Y MADURA,

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. PEDRO MARÍA BARRERA

y

D. ENRIQUE G. BEDMAR.

Estrenado con extraordinario aplauso en Madrid, en el Teatro de la Alhambra, el 26 de Noviembre de 1877.



MADRID:

IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,

Tudescos, 34, principal.

1877.

PERSONAJES.

---

ACTORES.

---

ELISA.....	SRAS. LOSADA.
ASUNCION.....	ROS DE TORTS
LUIS.....	SRES. CATALINA.
GINÉS.....	PASTRANA.
DON CÁNDIDO.....	ALVERÁ.
UN MOZO.....	DELGADO.

---

La accion pasa en Madrid y es contemporánea.

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería lírico-dramática titulada *El Teatro*, de *D. Alonso Gullon*, son los esclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

AL ILMO. SEÑOR

D. FRANCISCO LUIS DE RETES,

EN PRENDA DE CARIÑO.

LOS AUTORES.



## ACTO PRIMERO.

---

Sala de paso en un hotel. Puerta al foro. Varias numeradas á uno y otro lado. A la izquierda del actor tendrá una el número diez: á la derecha se ven el doce y el trece. Un velador con periódicos, un timbre y recado de escribir. Butacas y sillas.

### ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO Y ELISA, *en traje de calle.*

CÁNDIDO. Pero, mujer, si Mariano  
estudió latín conmigo  
y... ¡ya ves! más que mi amigo  
ha sido siempre mi hermano,  
¿cómo señas no le dejo  
de mi nueva habitación?

ELISA. Yo sé que tengo razón  
para quejarme y me quejo.  
Al dejar la fonda ayer  
bien le pudo usted decir:  
—«Voy á tal parte á vivir;  
adios, chico; hasta más ver.»  
Y pudo usted reclamar  
la cuenta de lo gastado  
y se hubiera usted ahorrado  
el volver para pagar.

CÁNDIDO. Es cierto; yo me distraje...  
Mas no sé por qué te irrita...

ELISA. ¿Sí? ¿Qué hace una señorita  
sola y en este parage?

CÁNDIDO. Es una sala de paso  
de una fonda.

ELISA. Exactamente.

CÁNDIDO. Pues mira, lo más urgente  
era evitar el retraso  
en pagar, y ya pagué.  
Vámonos.

ELISA. No, sino digo...  
Puede usted ver á su amigo.

CÁNDIDO. ¿Por qué no entras?

ELISA. ¿Para qué?

Es un posma de por vida  
y cuentas con él no quiero.  
—No olvide usted que le espero.

CÁNDIDO. Bien, bien: yo vuelvo en seguida.  
*(Retrocediendo desde la puerta del número doce.)*

¡Ah! escucha. ¿Puedo saber  
por qué nos hemos mudado?

El fondista me ha jurado  
que pasó un mal rato ayer.

ELISA. ¿Recuerda usted al viajero  
que se nos unió en Sevilla?

CÁNDIDO. ¿Aquel jóven con perilla  
y bigote? A lo que infiero  
te hizo el amor.—No me asombra.

ELISA. Atropellando por todo,  
me sigue del mismo modo  
que sigue al cuerpo la sombra  
Y aunque no me desagrada  
y es fácil que le quisiera  
me encuentro muy bien soltera  
para anhelar ser casada.  
El se ha venido á este hotel  
por estar cerca de mí,  
y yo me marchó de aquí  
por estar lejos de él.

CÁNDIDO. Aplaudó tus decisiones.

ELISA. Con que vaya usted...

CÁNDIDO. Sí; voy.

Al punto de vuelta estoy.

*(Retrocediendo desde la puerta del número doce.)*

¡Ah! dime ¿por qué razones

le tienes al matrimonio

tan profunda antipatía?

Lo mismo pasó á tu tía  
hasta que Dios ó el demonio

hizo que se enamorara  
de aquel boticario ético

que amén de un humor herpético



- que le cubria la cara...
- ELISA. Suprima usted lo restante  
porque ya sé de memoria  
tan mal humorada historia.
- CÁNDIDO. Dices bien: vuelvo al instante.  
(*Repite el mismo juego. Suena una campanilla.*)  
¡Ah! parece que han llamado.
- ELISA. ¡Dale!
- CÁNDIDO. No te desesperes. (*Nuevo repique.*)  
¡Otra vez llaman!—Si quieres  
no me muevo de tu lado.  
Tu deseo es mi deseo.
- ELISA. ¡Qué calma!
- CÁNDIDO. Voy: no haya pique.  
¿Oyes? un nuevo repique.  
¡Qué grato campanileo! (*Entra en el número doce.*)

## ESCENA II.

ELISA Y LUIS, *que sale del diez en el momento que deja de oírse el último prolongado repique.*

- ELISA. Poca paciencia tendrá  
quien llama con tanta furia.  
Un génio así, es una injuria  
al génio de mi papá.
- LUIS. ¡Camarero...! (¡Oh! ¡qué placer!)
- ELISA. (¡Ah!)
- LUIS. (¡La hechicera Elisita!)
- Dígame usted, señorita,  
¿quiere usted ser mi mujer?
- ELISA. ¿Quiere usted dejarme en paz?  
ya es muy pesada la broma.
- LUIS. ¿Qué escucho? ¿Por broma toma  
mi persecucion tenaz?  
¡Broma... y tengo aquí una hoguera!
- ELISA. Con agua se apaga el fuego.
- LUIS. ¿V. no vé que estoy ciego?
- ELISA. Acuda usted á Cervera.
- LUIS. ¿A un oculista—¡oh merced!—  
me manda usted?
- ELISA. El la vista

le dará.

LUIS. ¡Quiá! ¡mi oculista  
es usted! ¡usted!! ¡usted!!!  
Yo la idolatro.

ELISA. ¡Quimera!

LUIS. ¡No! realidad evidente.

ELISA. Cinco días solamente  
hace que por vez primera  
nos vimos, y ni á Macías,  
aunque amó con tanto empeño,  
le debió quitar el sueño  
su amor á los cinco días.

LUIS. ¡Error! ¡sacrilegio!

ELISA. ¿Sí?

Pues concedo que es error.

Bien: se muere usted de amor.

Bien: ¿y qué me importa á mí?

Usted sigue muertecito

y yo sigo indiferente.

LUIS. Y al fin usted se arrepiente

y me ama un poquirritito.

ELISA. ¿De veras?

LUIS. Pues claro está.

ELISA. Eso es un cuento.

LUIS. No miento.

Y á propósito de cuento,

oiga usted uno: allá vá.

Contemplando un tal Peralta

una higuera cierto día,

vió que una breva pendia

de la ramita más alta.

Era el buen Peralta enano,

grande la higuera traidora,

y la breva era, señora,

un bocado soberano.

Cuando Peralta la vió

se le afilaron los dientes.

y dijo para sus mientes:

—«Ésta me la como yo.»

Cuéntalo así los apuntes

del que el caso presenciaba;

la breva en sazón no estaba

y contestó:—«No te untes.»

Y una, dos, tres veces, más,

así exclamaron con fé:

el uno:—«Si me untaré,»

y la otra:—«No te untarás.»  
 Peralta al pié de la higuera  
 sin temor á un tabardillo,  
 fijo como un marmolillo  
 pasó una semana entera.  
 Pero nada: el mismo aprieto.  
 Aun no se sabe si pierde  
 la fruta, verde y más verde,  
 ó el hombre, quieto y más quieto.  
 Conforme el tiempo avanzaba  
 fué la breva madurando;  
 de la ramita tirando  
 hácia el suelo se inclinaba;  
 y el tallo, medio marchito,  
 del tiempo al yugo imperioso  
 se puso tan mantecoso,  
 tan blandito, tan blandito,  
 que ya Peralta veía  
 próximo el momento ansiado  
 en que el fruto codiciado  
 en la boca le caería.  
 Y aunque el hecho yo no vi  
 sé que la breva cayó  
 y que Peralta exclamó:  
 —«Pues señor, me la comí.»  
 Deduccion...

ELISA.

Antes de hacer  
 deducciones de su cuento  
 oiga usted en un momento  
 otro que debe apreuder.  
 Cuenta en Sevilla la fama  
 que hubo un lego en la Cartuja,  
 delgado como una aguja  
 y verde como una rama,  
 dedicado á preguntar  
 qué sería lo mejor  
 para tener buen color  
 y conseguir engordar.  
 —«Preguntas son e-cusadas»  
 le dijo un fraile ladino:  
 «¿buen color? cuestion de vino;  
 ¿carne? cuestion de tajadas.»  
 Y dijo el lego:—«Esta vez  
 mis súplicas oye Dios:  
 sí, comeré como dos;  
 sí, beberé como diez.»

No dió á su gaznate huelga;  
pero ¡ay! que siguió el cutado  
siendo alambre en lo delgado  
y en el color siendo acelga,  
y adquirió una enfermedad  
que anunciaba el contratiempo  
de que mucho antes de tiempo  
se iría á la eternidad.

Salvó la piel por milagro  
y de ello tal se acordaba  
que, cuando al paso topaba  
á alguno pálido y magro,  
le decia con presteza:

—«Hermano: si por azar  
siente ganas de engordar  
y echar color de cereza,  
no de buen bocado en pos  
se lance y de trago fino,  
pues sin tajadas mi vino  
engorda el que quiere Dios.  
Y en cambio si Dios no quiere,  
pese al hombre más bellaco,  
el que está palido y flaco  
flaco y pálido se muere.»

LUIS. Hecha la confrontacion  
entre ese cuento y mi cuento,  
debo decir al momento  
por toda contestacion  
que me mantengo en m's trece.

ELISA. ¿Si? pues yo sigo en mis quince.

LUIS. Cederá u-ted: soy más lince  
de lo que á usted le parece.

ELISA. Si iguala á lo presumido  
el mérito, podrá ser.

LUIS. Usted será mi mujer  
y yo seré su marido.  
Lo juro á fé de Luis Prat.

ELISA. ¿Y si hay otro que me agrada?

LUIS. Ese otro de una estocada  
vá al valle de Josafat.

ELISA. ¿Sabe el señor mata-siete  
si pienso vivir soltera?

LUIS. Piense usted de otra manera  
y aquí se acabó el sainete.

ELISA. Aun pudiera suceder  
que yo me encuentre casada.

LUIS. Nada hay que me importe nada  
porque al cabo he de vencer.

ELISA. No me obligue usted á usar  
un lenguaje inconveniente.

LUIS. Todo me es indiferente  
porque al cabo he de triunfar.  
Nunca amé á mujer ninguna  
por fortuna ó por desgracia,  
y usted me hace mucha gracia  
por desgracia ó por fortuna.  
Nunca pude comprender  
esta ansiedad que en mí llevo,  
y hoy digo, sostengo y pruebo  
que es un ángel la mujer.  
Nunca aprecié en lo que vale  
el goce de una caricia,  
y hoy juro que no hay delicia  
que á una caricia se iguale.  
Nunca de amante mirada  
ví que la dicha vá en pos,  
y hoy pienso que, como Dios,  
saca mundos de la nada.  
Y cuando esto pienso y juro,  
y lo digo y lo sostengo  
y lo pruebo, porque vengo  
sujeto como á un conjuro,  
sujeto al divino hechizo  
que hace de usted una diosa,  
usted me dirá si es cosa  
de volverme tornadizo.  
¡No! Me robó usted la calma,  
la paz y el alma, y capaz  
soy de exigir paz por paz  
y tomar alma por alma.  
Venceré, aun que no me cuido  
de qué modo he de vencer,  
y usted será mi mujer  
y yo seré su marido.

ELISA. Habla usted muy bien y mucho  
y acomete á raja tabla;  
pero.. mientras usted habla  
confieso que oigo y no escucho.

LUIS. ¿Que no escucha V.?

ELISA. Cabal:  
yo siento espresarme así.

LUIS. ¡Cál si eso me gusta á mí;

si eso es noble, si es leal.  
**ELISA.** Con tal que desista usted...  
**LUIS.** ¡Desistir!

**ELISA.** Es lo mejor.  
 Hágame usted el favor.  
**LUIS.** Hágame usted la merced  
 de reparar en mi anhelo.  
 Si usted su fé ha colocado  
 en un corazon helado,  
 ¿no deshará usted el hielo  
 con el sol de la ternura?  
 Y si de amor se arregosta  
 y vé moros en la costa,  
 ¿dejará usted por ventura  
 que su ventura le roben?

*(Aparece D. Cándido en la puerta del número doce y se des-  
 pide de una persona que se supone dentro. Luis está de es-  
 paldas á dicha puerta y Elisa en frente.)*

**ELISA.** Mi padre.

**CÁNDIDO.** Adios, Mariano.

**LUIS.** *(A D. Cándido.)* Señor, beso á V. la mano.

**CÁNDIDO.** Beso á usted la suya, jóven.

### ESCENA III.

**ELISA, CÁNDIDO, ASUNCION Y GINÉS.** *(Los dos úl-  
 timos aparecen por el foro disputando y no avanzan hácia el  
 proscenio hasta que Asuncion ve á Elisa.)*

**CÁNDIDO.** ¿El consabido, eh? ¿Qué tal?

**ASUNCION.** Tengo razon.

**GINÉS.** Yo tambien  
 y hago bien.

**ASUNCION.** Pues no haces bien  
 que haces mal.

**GINÉS.** Pues no hago mal.  
 ¿Son tan pocos en guarismo  
 los maridos de quincalla?  
 ¿Han de ser todos pantalla  
 ó han de romperse el bautismo? ..

**ASUNCION.** ¿Qué veo? ¡Elisa!

**ELISA.** ¡Asuncion!

**ASUNCION.** *(A D. Cándido.)* ¡Tío!

- CÁNDIDO. ¡Vosotros aquí!  
Me alegro: abrázame. (*A Asuncion.*)
- GINÉS. (*Metiéndose por medio.*) Sí,  
con todo mi corazón.
- CÁNDIDO. También tú; mas tu mujer...
- GINÉS. Ahora está abrazando á Elisa;  
deje usted, no corre prisa.
- ELISA. ¿Con que al fin te vuelvo á ver?
- GINÉS. ¡Dichosa mesa redonda!  
¿Quién sabe lo que tú puedes  
causar?)
- ASUNCION. Presumo que ustedes  
vivirán en esta fonda.
- CÁNDIDO. Hemos tenido esa pieza; (*El número trece.*)  
pero estoy de fondas harto
- ASUNCION. ¿Y han tomado ustedes cuarto?
- ELISA. Sí, en la calle de Hortaleza.
- GINÉS. (*Por el número trece.*) Esa misma habitacion  
nosotros ocuparemos  
hasta que una casa hallemos  
del agrado de Asuncion.
- ELISA. (*Sigue tan dulce y sencillo...*)
- ASUNCION. ¡Hija! no es lo que parece.)
- MOZO. (*En la puerta*) El caballero del trece?
- GINÉS. ¿Qué ocurre?
- MOZO. Por el pasillo  
han entrado el equipaje  
y aguardan los mozos. (*Váse*)
- GINÉS. Voy.
- ¿Vamos, hijita?
- ASUNCION. No; estoy  
muy cansada del viaje  
y no me muevo de aquí.
- GINÉS. (*¿Esperará al del puré?*)
- ELISA. Vaya usted con él. (*A D. Cándido.*)
- CÁNDIDO. Yo iré,  
sí, dices bien.  
(*Vánse por la puerta de' número trece.*)

## ESCENA IV.

ELISA, ASUNCION.

- ASUNCION. ¡Ay de mí!
- ELISA. ¿Qué tienes?

ASUNCION.

Elisa mía:

si no quieres cometer  
un error de que por fuerza  
te has de arrepentir despues,  
no te cases.

ELISA.

¿Qué me dices?

ASUNCION.

Yo contenta me casé,  
y durante un mes mi casa  
no fué casa, era un eden  
en que todo sonreía.  
¡Qué mes, Elisa, qué mes!  
¡Lástima que haya pasado  
para nunca más volver!

ELISA.

¡Jesús!

ASUNCION.

¿Piensas que exagero?  
Mi marido era de miel.  
Me compró cuatro vestidos  
de terciopelo y *moiré*  
y además tres aderezos  
y me prometió otros tres.  
Adquirió por darme gusto  
un landó y un cabriolé,  
un tronco de yeguas tordas  
y un lindo caballo inglés.  
Yo daba un baile los lunes  
y los miércoles un thé.  
Los martes jueves y sábados  
pasaba el rato muy bien  
en los teatros: los viernes  
y domingos de *soirée*  
me llevaba mi marido  
á la casa del marqués  
del Paraíso, un ricacho  
que hace nueve años ó diez  
en un comercio de sedas  
estaba para barrer.  
Pues bien: mi señor marido,  
nuevo Otelo con chaquet,  
dió en la flor de tener celos  
de un anciano brigadier,  
mómia viviente, coetáneo  
del clásico minué.  
¡Ay!... desde entonces mi casa  
fué un antro en la lobregez;  
las ilusiones volaron,  
voló la calma tambien



y cubrió con *en paz descansan*  
las dichas que yo soné.

ELISA. ¡Vaya un cuadro!

ASUNCION. Más exacto  
no le ha sacado Daguerre.  
Sufri; lloré sin consuelo;  
pero al fin me acostumbré  
á las quejas, y hoy las oigo  
como si oyera llover.

ELISA. Te compadezco.

ASUNCION. Ahora mismo  
acabamos de comer  
en mesa redonda. Un jóven,  
que sin duda es muy cortés,  
mientras mi marido hablaba  
de las minas de Almaden,  
se empeñó en hacermie plato.  
—Gracias, dije.—No hay de qué,  
contestó.—Pues, hija mía,  
mi incomparable Ginés,  
con un hocico de á cuarta  
y una seriedad de juez,  
me anunció que la fineza  
le estaba sabiendo á hiel.  
Trémulo por el corage,  
sin poderse contener,  
echó al que estaba á su lado  
la manteca prevalé,  
derramó la sal, vertió  
el vino sobre el mantel,  
y nos hemos levantado  
antes de tomar café,  
yo dada al mismo demonio  
y á Barrabás dado él.

ELISA. ¡No te cases! ¡no te cases!  
Agradezco el interés  
que merezco á tu cariño,  
pero hace tiempo que sé  
que casadas venturosas  
son pocas las que se ven.  
¡Y si supieras qué lance  
me acaba de suceder!  
Escucha. Hace cinco días  
que viniendo de Jerez  
con papá, un jóven gallardo  
en Sevilla tomó el tren.

Se colocó á mi derecha,  
y me miró y le miré,  
y al poco rato me dijo:  
—«¿Quiere usted ser mi mujer?»  
Me sonreí, sonrió,  
guardó silencio y callé.  
Cuando á la noche siguiente  
saltábamos al anden  
en Madrid, igual pregunta  
de sus lábios escuché.  
Al fin le perdí de vista;  
pero á otro día á las diez  
al salir yo de ese cuarto (*El número trece.*)  
lo primero que encontré  
fué al susodicho galán  
que, alojado en este hotel,  
aguardaba mi salida,  
y apenas me llegó á ver,  
la consabida pregunta  
hizo por tercera vez.  
Hoy, por último, en lenguaje  
mezcla de oro y oropel,  
me ha dicho rotundamente  
que no ha de retroceder;  
que me tiene más cariño  
que Marcilla á su Isabel,  
y que de grado ó por fuerza  
seré suya.

ASUNCION. ¡Qué sandez!

Pero tú...

ELISA. Le he contestado  
con enojo y con desden  
que machaca en hierro frío  
y que nunca le querré.

ASUNCION. Mal hecho: así le exasperas.

ELISA. Pues dime lo que he de hacer.

ASUNCION. Yo en tu caso hubiera obrado  
exactamente al revés.

ELISA. Aconséjame.

ASUNCION. Es muy justo.

Aquí tenemos papel  
y tintero. (*Sentándose junto al velador.*)

ELISA. ¿Qué proyectas?

ASUNCION. Escribirle.

ELISA. ¡No!

ASUNCION. ¿Por qué?

ELISA. ¿Te parece decoroso...

ASUNCION. ¿No? pues déjate querer  
y no te quitas la mosca  
de encima ni á tiros.

ELISA. ¡Pché!

ASUNCION. ¿Cómo se llama?

ELISA. Luis Prat.

ASUNCION. «Madrid y Setiembre: hoy seis.  
Señor don Luis Prat: si es cierto  
que tanto me quiere usted,  
si es cierto que en mi cariño  
cifra su dicha y su bien;  
si en su corazon soy reina,  
ordeno y mando.»

ELISA. (*Riendo*) Eso es;  
firme, firme.

ASUNCION. «Desde hoy,  
ní un momento, ni una vez,  
vuelve usted á perseguirme  
como un galan de entremés.  
En cambio cuando yo pueda  
llamarle, le llamaré.»

ELISA ¡Lllamarle!

ASUNCION. (*Toca el timbre.*) Toma y enviala.

ELISA. Pero esto ya es darle pié...

ASUNCION. ¡Bah! dices que cuando puedas;  
supon que no has de poder.

ELISA. Si; de ese modo...

MOZO. (*En la puerta.*) ¿Me llaman  
ustedes?

ELISA. Es menester  
que lleve usted esta carta  
al caballero del diez.

MOZO. Voy en seguida. (*Entrando en el número diez.*)

## ESCENA V.

DICHAS. CÁNDIDO. GINÉS.

GINÉS. ¡Asuncion!

(¡Un mozo!... pues! con recados..!)

ASUNCION. ¿Qué?

GINÉS. Ya están amontonados

los bultos en un rincón.  
 Cuando tú quieras entrar  
 todo lo distribuiremos  
 á tu gusto... y dejaremos (*Con intencion.*)  
 cada cosa en su lugar.

ELISA. ¿Nos vamos nosotros?

CÁNDIDO.

Bien.

Venga un abrazo. (*A Asuncion.*)

GINÉS. (*Metiéndose por medio y abrazándolo.*) Sí, si.

CÁNDIDO. Yo volveré por aquí.

ASUNCION. (*A Elisa*) Yo iré mañana también  
 á tu casa. (*Abraza á Elisa y á D. Cándido.*)

GINÉS.

(*¡Voto á tal!..*)

al fin la abrazó el vejete)

ASUNCION. ¿Con que hortaleza... (*Ya en la puerta.*)

ELISA.

Si; siete,

duplicado, principal.

(*El mozo sale del diez y desaparece por el foro.*)

## ESCENA VI.

ASUNCION. GINÉS.

GINÉS.

Señora doña Asuncion  
 Peralta y Castrogeriz:  
 esposa y polilla mía  
 de la que estoy hasta aquí; (*El cuello.*)  
 ahora que solos quedamos  
 ¿se servirá usted decir  
 si calcula que un marido  
 es igual á un adoquin;  
 si el que se casa en su casa  
 supone lo que un titi,  
 y si está usted decidida  
 á no doblar la cerviz  
 ante los santos deberes  
 que reconoció en San Luis  
 cuando nos leyó un presbítero  
 un trocito de latin?

ASUNCION. Señor don Ginés del Cerro.  
 y más que Cerro, cerril;  
 cuya suspicacia raya  
 en lo absurdo y en lo ruin

ahora que no escucha nadie,  
¿se dignará usted decir  
si piensa que es un marido  
una especie de alguacil,  
si la mujer que se casa  
se convierte en maniquí,  
y si está usted decidido  
á que yo viva infeliz,  
á que evite su presencia,  
á que me mate el *spleen*,  
y á que maldiga el momento  
en que otorgué á usted el sí?

GINÉS. ¿De veras?... ¿pues qué? ¿No he visto  
á un quidam de gaban gris,  
con usted muy obsequioso  
en la mesa? ¿Con qué fin  
estaba obsequioso el quidam?

ASUNCION. Todo el que no es incivil  
es galante con...

GINÉS. ¿Y el tío  
don Cándido? ese mastin  
con dentadura postiza  
y modales de albañil,  
y más años que un palmar  
y más negro que el hollín,  
¿por qué causa y con qué objeto,  
sin hacer caso de mí,  
abrazó á usted de igual modo  
que abraza al olmo la vid?

ASUNCION. Es hermano de mi madre.

GINÉS. ¿Y el camarero que ahí  
estaba cuando he llegado?  
¿Le mandó algun Amadis?

ASUNCION. Señor don Ginés del Cerro:  
si usted quiere discutir  
para hacer lo negro blanco  
y lo blanco carmesí;  
si usted sueña y vé visiones  
y esto le pone febril,  
si usted toma por montaña  
lo que es un grano de anís,  
vaya usted á Leganés  
que está haciendo falta allí,  
y á los que no estamos locos  
déjenos en paz vivir.

GINÉS. Escucha. (*Cogiéndola de un brazo.*)

ASUNCION. No escucho nada.

GINÉS. No es que yo tema un desliz.  
no tal; pero... siempre...

ASUNCION. (*Desasiéndose.*) ¡Quita!

GINÉS. Oye.

ASUNCION. ¡Aparta! (*Entra en el número trece.*)

## ESCENA VII.

GINÉS.

¡Me luci!

Solteros que la coyunda  
juzgais ameno pensil  
en que los mirtos florecen  
con la rosa y el jazmin;  
si os precipita el demonio  
del matrimonio en la lid.  
tomad por media naranja  
un figuron de tapiz.  
Mujer que de frente es bella  
y lo mismo de perfil,  
y tiene los ojos grandes  
y tiene el pié chiquitin  
y tiene un clavel por boca  
y tiene tez de marfil,  
os ha de dar más disgustos  
que oro ha dado el Potosí.

## ESCENA VIII.

GINÉS, LUIS.

LUIS. (*Leyendo.*) «En cambio cuando yo pueda  
llamarle... le llamaré.»  
¡Bendita! obedeceré  
suceda lo que suceda.  
Acaso la cerradura

me sirva de observatorio.

(*Mirando por el ojo de la cerradura del número trece.*)

GINÉS. ¿Qué miro? ¡Un D. Juan Tenorio!

LUIS. Adivino su hermosura;  
pero nada, no veo nada. (*Mirando.*)

GINÉS. (*Tosiendo.*) ¡Ejen!

LUIS. Dentro de mí siento

duplicado el sentimiento

y la vida duplicada (*Mirando.*)

GINÉS. ¡Ejen!... ¡Vaya un compromiso!

LUIS. Juro por mi amor profundo  
que ha de ser para ella el mundo  
abreviado paraíso.

¡No hay muchacha más gentil!...

GINÉS. ¡Ejen! (*Luis besa la carta.*)

LUIS. ¡Cómo me embeleso

viendo su letra!... Otro beso,  
y otro y otro. . ¡y cien!... ¡y mil!...

GINÉS. ¡Caballero!

LUIS. ¿Quién?... ¡Ginés!

GINÉS. ¿Tú por aquí? (*Se abrazan.*)

LUIS. (*Señalando al diez.*) Esa es mi casa.

¡Si supieras lo que pasa!...

Ya te contaré despues. (*Vuelve á la cerradura.*)

GINÉS. Pero oye...—¡Y vuelve el menguado!

¡Luis!

LUIS. Voy: espérate un poco.

Dispensa, chico. estoy loco,  
estoy loco rematado.

Figúrate que he de ser  
dueño de un angel divino  
que al mundo lanzó el destino  
bajo forma de mujer.

Figúrate que en mi afán  
hallo un horizonte nuevo  
y que aquí, en el alma, llevo  
un volcan, más que un volcan.  
Figúrate... pero aguarda.

(*Vuelve á la cerradura.*)

GINÉS. ¡Y estoy brazo sobre brazo!...

El merece un estacazo  
y yo merezco una albarda.

LUIS. Pues sí; como te decia,  
ya la vida volandera  
me aburre, me desespera,  
me causa empacho, me hastia.

- He llegado ya á la edad  
 en que el corazon vacio  
 siente un frio que es el frio  
 que engendra la soledad.  
 Harto anduve y lo deploro  
 siendo un soleimne bribon;  
 Dios ha dado el corazon  
 para adorar, y yo adoro.
- GINÉS. Y la mujer venturosa  
 que ha fijado tu capricho,  
 ¿quién es?
- LUIS. ¿Pues no te lo he dicho?  
 Un ángel: ¡más! una diosa.
- GINÉS. Permiteme que me asombre  
 De esa pasion que ponderas:  
 tú no eres el que antes eras.
- LUIS. ¿Qué he de ser?—Soy otro hombre.  
 ¿Recuerdas nuestras conquistas?  
 Mozos los dos de provecho,  
 estudiábamos derecho,  
 perseguíamos modistas.  
 Tú siempre á la pupilera  
 pagabas por tí y por mí.  
 ¿Recuerdas cuando rompí  
 aquel catre de tijera?  
 ¿Recuerdas cuando un papá  
 quiso obligarme a ser yerno?  
 ¡Qué vida aquella! ¡Qué infierno!
- GINÉS. Pasó ya y no volverá.  
 Pero recuerdo tambien  
 tus bellos é improvisados  
 discursos: de los casados  
 no pensabas jamás bien.  
 Las mujeres—nos decias—  
 son de la piel del demonio;  
 ¡solteros! al matrimonio  
 prefiero cien pulmonías.
- LUIS. *(Interrumpiéndole.)*  
 La mujer más inocente,  
 la más jóven y novicia,  
 miente cuando os acaricia,  
 cuando os habla de amor, miente.  
 Si llora, el llanto es fingido,  
 si rie, la risa es farsa;  
 anda en busca de un comparsa,  
 vulgo editor ó marido,



- y las menos zalameras  
cuando os quieren marear  
saben... hasta suspirar  
de veinticinco maneras.
- GINÉS. Exactamente: lo mismo,  
lo mismo nos predicabas;  
pero si entonces marcabas  
con precision el abismo,  
¿por qué te has de condenar  
á vivir siempre en un potro?
- LUIS. Chico, como dijo el otro,  
de sábios es variar.  
Además yo no sabia  
que al darnos de amor la palma  
la mujer ofrece al alma  
mundos de santa alegría.  
Yo de bastardos amores  
prestándome á los antojos  
flores buscaba entre abrojos  
dejando á un lado las flores;  
pero hoy confeso y contrito  
ante el amor me confundo  
que el amor es en el mundo  
emblema de lo infinito.
- GINÉS. ¿Tal concepto te merece  
esa terrible epidemia?
- LUIS. ¿Qué es lo que dices? ¡Blasfemia!  
¡Mira! *(Señalando al número trece.)*
- GINÉS. ¿Qué?
- LUIS. ¡Número trece..!
- (Luis, que tiene echado el brazo izquierdo sobre el hombro de Ginés, le quita el sombrero, descubriéndose él con la mano derecha.)*
- GINÉS. ¿Vas á poner por ejemplo...?
- LUIS. Escúchame: esa mansion  
antes era habitacion,  
ahora es un templo.
- GINÉS. ¿Es un templo?
- LUIS. ¿de la discordia..! ¿No sabes  
que ahí vivo con mi mujer?
- LUIS. Con tú... ¡quía! no puede ser.  
¿Has de guardar tú las llaves  
de ese tesoro que anbelo?
- GINÉS. ¿Tesoro? si; de perfidia.
- LUIS. ¡No! de beldad que da envidia  
á los ángeles del cielo.

- GINÉS. ¿Si? Pues bien; esa hermosura  
que ensalzas con tal delirio,  
me hace pasar del martirio  
la más terrible amargura.  
Por ella vivo sin paz  
y entre disgustos atroces;  
por ella arrugas precoces  
han marchitado mi faz.  
Por ella paso desvelos,  
Por ella perdi la calma.  
por ella siento en el alma  
el aguijon de los celos.
- LUIS. ¡Calla! ¡calla!... eso es soñar.
- GINÉS. ¡Soñar! yo me alegraría.
- LUIS. Y esa mujer...—¿Será mía!
- GINÉS. ¿Cómo?...
- LUIS. Te voy á matar.
- GINÉS. ¿Qué?
- LUIS. Te mato: es necesario  
y nuestra dicha notoria,  
porque así yo entro en la gloria  
y tú sales del Calvario.
- GINÉS. ¡Hombre! no seas atroz.
- LUIS. ¡Te mato! lo he decidido.
- GINÉS. ¿Pero estás loco perdido?
- LUIS. ¡Eh!... no levantes la voz.  
Ya que el azar nos obliga,  
tendremos un duelo á muerte,  
y á quien Dios le dá la suerte,  
San Pedro se la bendiga.  
Porque estar jugando al bú  
tú y yo, fuera un caso raro  
cuando es evidente y claro  
que sobro yo ó sobras tú.  
Voy á buscar mis pistolas:  
vuelvo en seguida. (*Vase.*)
- GINÉS. (*Tocando el timbre.*) Corriente.  
Yo... yo voy á llamar gente  
para no esperarte á solas.  
Aunque mejor debe ser,  
si, mejor y más sencillo,  
escapar por el pasillo  
llevándome á mi mujer.
- MOZO. ¿Me llamaba usted...?
- GINÉS. Si.—¿No!

# ESCENA IX.

UN MOZO, *despues* LUIS.

Mozo. ¡Vaya una cara de agraz!  
Aunque le atacara el cólera  
ó aunque le fueran á ahorcar,  
no la pondria más lúgubre  
ni más torcida ni más...  
¡Cuántu difiere ese prójimu  
del campechanu galan  
que por llevarle una epístola  
me dió un doblon!—Aquí está.  
Con propinas de este género  
se vueive la voluntad  
de cera, que somos frágiles  
todos los hijos de Adan.

LUIS. Vámonos á las afueras  
de la puerta de Alcalá  
y en ménos que canta un gallo  
quedamos los dos en paz.

Mozo. ¿Manda usted algo?

LUIS. ¿Qué veo?  
Ese hombre no tiene igual.  
La puerta... (*Golpeando en el número trece.*)  
¡¡justo! cerrada;  
¡cerrada! ¡voto á Caifás!  
Unido á mi bella Elisa,  
el estado conyugal  
le ofrece cuantas venturas  
puede un amante soñar;  
y por no perderlas huye  
de mí como de un caiman.  
Esa es toda la desdicha  
de que se lamenta... ¡Ah!  
Pero ella... ella es desgraciada,  
sí, lo es á no poder más.  
¿Cómo, si no, hubiera escrito  
con su mano, que es cristal  
y nieve y rosa, esta frase  
de elocuente claridad?  
—«¡Le llamaré.»—¡Oh! ¡qué perfume  
tan suave, tan especial!...

¡Otro beso!... ¡y otro!... ¡y otro!...  
Yo juro á ese hombre incapaz  
que no se me escapa.—¡Chico!  
Señor.

Mozo.

Luis.

Al momento, ¿estás?  
al momento es necesario  
que yo sepa en qué lugar  
oculta el bulto el marido  
de aquella dama.

Mozo.

Luis.

¿De cuál?  
¿De cuál ha de ser? De aquella  
que te dió la carta.

Mozo.

Luis.

¡Ya!  
¿Está casada?

Luis.

Casada  
en lo mejor de su edad  
con un necio.

Mozo.

(Ese es don Cándido.  
Yo pensé que era el papá  
y ahora resulta marido.  
¡Habrá viejo carcamal!)

Luis.

¡Vamos! ¿No me has escuchado?  
Trota.

Mozo.

Luis.

Mozo.

No hay necesidad  
de hacer averiguaciones.  
¿Cómo que no?

La verdad.  
En la calle de Horta eza  
sé que se van á hospedar.

Luis.

Mozo.

Luis.

Mozo.

¿En qué número?  
En el siete.  
¿Qué cuarto?

En el principal.  
Ya deben ir de caminu.

Luis.

¡Preciso!... El la obligará.  
(Paseando á lo largo del proscenio. El mozo le sigue como  
su sombra.)

El se habrá dicho á sí mismo:  
—«Yo necesito emigrar  
y poner tierra por medio  
entre mi cara mitad  
y mi sucesor.»—Pues juro  
por la córte celestial  
que no le vale la treta.

Mozo.

Luis.

¿Tiene usted más que mandar?  
Que te quites de mi vista

Mozo. ó hago una barbaridad.  
(¡Zape!) (*Vase por el foro.*)

## ESCENA ÚLTIMA.

LUIS.

¡Casada!... ¡casada!  
¿Por qué hay Código penal?  
¿Por qué hay cánones? ¿Por qué  
han de condenar mi afán  
la ley de Dios y las leyes  
que formó la sociedad? (*Se sienta.*)  
Pensemos: reflexionemos.  
¿Qué logro yo con matar  
a Ginés? Mucho.—No. ¡Nada!  
Elisa nunca será  
del matador de su esposo:  
esto es claro; es natural.  
¿Puedo yo olvidarla?—No:  
yo no la puedo olvidar,  
y aunque pudiera no debo  
porque es mi felicidad,  
y aunque debiera no lo hago  
porque no quiero.—¡Cabal!  
Si Ginés me pega un tiro,  
que si me lo pegará  
si le obligo... ¡Pecho al agua! (*Se levanta.*)  
¿Quién dijo miedo?—Gran plan.  
A las diez nos convenimos,  
á las once en el canal,  
y antes de las once y media  
ya estoy en la eternidad.

(*Vase por la puerta número diez.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

---

Sala amueblada elegantemente en casa de D. Cándido. Puerta al foro y dos laterales en la izquierda. Otra en primer término derecha: en segundo un balcón.

### ESCENA PRIMERA.

DON CÁNDIDO Y ELISA, *aquel muy arrellanado en una butaca y Elisa de pie á su lado.*

CÁNDIDO. Sí, hija mia, ya lo he visto,  
y está todo *comme il faut*,  
segun dicen los franceses.

ELISA. Nó, papá, en mi tocador  
no ha entrado usted...

CÁNDIDO. Es lo mismo  
que si hubiese entrado...

ELISA. No;  
¿qué ha de ser?

CÁNDIDO. Pues bien, mañana  
lo veré...

ELISA. Y á ese balcón  
aun no se ha asomado...

CÁNDIDO. Hija,  
es que tan rendido estoy...

ELISA. Nó; no es que esté usted rendido:  
es que es usted muy poltron.

CÁNDIDO. No lo niego.

ELISA. Dá á la calle  
de Hortaleza...

CÁNDIDO. ¿Sí?... Mejor.

Ya tendré tiempo de verlo.

ELISA. Sólo á las doce dá el sol,

- y poco rato...
- CÁNDIDO. Magnífico  
para este verano... Yo,  
de encontrarme ya instalado  
le doy mil gracias á Dios,  
y todo lo encuentro bueno,  
escelente, superior.  
No estaba mal en la fonda,  
pero se te alborotó  
el juicio, aquí me trajiste,  
y ya de aquí, ni un temblor  
de tierra puede moverme.  
(*Suena una campanilla.*)
- ELISA. Creo que han llamado...
- CÁNDIDO. No.
- ELISA. Voy á ver...
- CÁNDIDO. Estate quieta.  
Ya abrirán... Tienes horror  
al sosiego...
- ELISA. Me parece  
que ha respondido la voz  
de Gínés... Yo voy...
- CÁNDIDO. Espérate...
- ¡Qué actividad!...
- ELISA. ¡Qué inacción!

## ESCENA II.

DICHOS. ASUNCION Y GINÉS.

- ELISA. ¿Cómo aquí?
- CÁNDIDO. ¿Qué manifiesta  
vuestra faz, hosca y agreste?...
- ELISA. ¿Qué os pasa?...
- ASUNCION. ¡Cosas de este!
- GINÉS. ¡No, señor!... ¡Cosas de esta!
- CÁNDIDO. Bueno, cosas de los dos;  
mas fuerza es que uno responda.  
Di tú ..
- GINÉS. Estaba yo en la fonda  
en paz y en gracia de Dios,  
cuando, sin verme—¡esto es grave!—  
miro un jóven que allí andaba,



y mi cuarto escudriñaba  
por el ojo de la llave.

Llego, *in fraganti* le cojo,  
y al obligarle á que dé  
explicacion, dice que...  
no era nada lo del ojo;  
que está que se despepita  
por una mujer que es sér  
de su sér, y esa mujer  
es la misma que allí habita.

CÁNDIDO. ¡Zambomba!...

GINÉS. Lo mismo digo.

Al jóven que así me insulta  
miro atento. ¿y qué resulta?...  
que aquel jóven es mi amigo  
Luis Prat.....

ELISA. (Luis Prat!... ¿Y ese es  
el que dice que me adora?...

¿Quién sabe si esta traidora?...)(*Por Asuncion.*)

CÁNDIDO. ¡Qué amigos tienes, Ginés!

GINÉS. Yo no he visto tal locura...  
Si una palabra me hablaba,  
precipitado tornaba  
á ver por la cerradura.  
Y yo hecho allí una estantigua.

ASUNCION. Que mirase en balde era,  
no estaba yo en la primera,  
sino en la pieza contigua.

GINÉS. A saber...

ASUNCION. ¿Cómo á saber?

GINÉS. En fin, que le dije...

CÁNDIDO. Acaba.

GINÉS. Que la mujer que allí estaba  
era mi propia mujer.  
¡Que si iba á ser mi adversario!  
¡Que mirase lo que hacía!

ELISA. ¿Y desistió?

GINÉS. ¡Cá!... ¡Hija mia!

¿El desistir? Al contrario.  
Furioso como un demonio  
me propuso un desafío;  
quiere matarme, y que al mio  
suceda su matrimonio.

CÁNDIDO. ¡Loco está!

GINÉS. ¡Loco de atar!  
De allí salió por pistolas,

y en cuanto yo me ví á solas  
me vine aquí á refugiar.  
No he de ir á romperme el alma...

ASUNCION. ¿Pero quién es el más loco,  
él ó tú?

GINÉS. Poquito á poco...

ASUNCION. ¡Malditos celos!

CÁNDIDO. ¡Eh! calma.

ELISA. (Yo no sé qué es lo que siento,  
y voy á ver si consigo  
que Asuncion...)—¿Vienes conmigo?

ASUNCION. ¿Lejos de éste? ¡Sí, al momento!

(*Vánse Elisa y Asuncion por la segunda puerta lateral izquierda.*)

GINÉS. ¿Oye usted?... Si ahora la cojo  
y la estrangulo...

CÁNDIDO. ¿Y por qué?  
Ten más calma, siempre fué  
mal consejero el enojo.

### ESCENA III.

CÁNDIDO, GINÉS.

GINÉS. Su culpa exige castigo.  
(*Suena la campanilla.*)

CÁNDIDO. Hombre; te has vuelto feroz...

LUIS. (*Dentro.*) ¡Hola!

GINÉS. ¡Cielos!

CÁNDIDO. ¿Qué?

GINÉS. Es la voz  
de ese loco, de mi amigo.

CÁNDIDO. ¡Ginés!

GINÉS. ¡Valor!

CÁNDIDO. Pero... dí...

GINÉS. ¡Hab'emos bajo!

CÁNDIDO. Y si á fondo  
se me viene... ¿qué respondo?

GINÉS. Niegue usted que estoy aquí.  
Me ocultaré.

CÁNDIDO. ¡Extraordinaria  
situacion! ¿Yo en una intriga?

GINÉS. En nada de lo que diga  
le lleve usted la contraria.  
Sino en su furia...

CÁNDIDO. Hombre... pero...  
(*Se oye ruido de voces, entre las cuales sobresale la de Luis.*)

GINÉS. Ya no hay tiempo. ¿Lo oye usted?  
(*Váase apresurado por la puerta de la derecha.*)

CÁNDIDO. Me ha pegado á la pared...  
(*Acercándose á la puerta del foro.*)  
Que pase ese caballero...  
—¡Qué así la calma le roben  
á este pacífico anciano!...

## ESCENA IV.

D. CÁNDIDO. LUIS.

LUIS. Señor, beso á usted la mano.

CÁNDIDO. Beso á usted la suya, joven.

LUIS. Cuando así vengo á esta casa  
debo explicar á qué vengo:  
un íntimo amigo mío  
está aquí: Ginés del Cerro.

CÁNDIDO. No, señor...

LUIS. ¡No niegue usted!

¡Lo sé todo!...

CÁNDIDO. Entonces bueno.  
(¡Ay! ¡qué tonto!... Lo he vendido  
sin querer...)

LUIS. Pues bien, mi objeto  
era matarlo... y despues...

CÁNDIDO. ¡Muy bien hecho! ¡Muy bien hecho!  
(*Llevándole la corriente*  
no tendrá ningun acceso  
de furor...)

LUIS. ¿Usted lo aprueba?...

CÁNDIDO. Sí, señor...

LUIS. Pues yo repruebo  
que usted apruebe: era un crimen  
mi intento, y ya de mi intento  
desisto...

CÁNDIDO. Eso es otra cosa.

Siempre es mejor un arreglo...

LUIS. ¿Qué ha dicho usted? ¿Yo arreglarme?

CÁNDIDO. ¡Ah! no... no... yo he dicho eso  
como pudiera haber dicho  
otra cosa... yo respeto  
su voluntad, y su...

LUIS. ¡Nunca!!

CÁNDIDO. ¡Nunca! ¡jamás! ¡ni por pienso!  
Así me gusta; el carácter  
ante todo...

LUIS. Si en un duelo  
lo mataba, era imposible  
que me admitiese ella luego  
como esposo... Ya usted sabe  
quién es ella...

CÁNDIDO. Por supuesto.  
Asuncion.

LUIS. ¡Elisa!

CÁNDIDO. (¡Cáspita!)

Sí, eso es...

LUIS. Mi puro afecto  
le consagré; y ella, aleve,  
despues que sembró en mi pecho  
el gérmen de la esperanza  
que fecundó el sol espléndido  
de un amor inestinguible,  
sublime, infinito, inmenso;  
cuando del gérmen brotando  
las flores del sentimiento  
mi horizonte perfumaban  
con sus aromosos pétalos,  
de pronto arrancó las flores  
que en mi corazon nacieron.  
«Yo le llamaré» me dijo,  
«yo le llamaré, si puedo;»  
mas de mi amor se burlaba  
tales frases escribiendo.

CÁNDIDO. (Discurre bien, aunque loco.)

## ESCENA V.

DICHOS. ASUNCION.

ASUNCION. (¿Quién será este caballero  
que está hablando con mi tío?  
No sé si pasar...) (*Sin pasar de la puerta.*)

CÁNDIDO. Ya veo  
que se queja usted...

LUIS. De Elisa.

CÁNDIDO. No; de Asuncion.

ASUNCION. (¿Eh?)

LUIS. ¿Qué tengo  
que ver yo con Asunciones  
ni no Asunciones?

ASUNCION. (No entiendo...)

LUIS. Aunque usted ponga esa cara  
de espanto, y aunque haga gestos  
de estupefaccion, lo dicho:  
de su hija de usted me quejo.  
¿Por qué alentó mi esperanza?  
si ya Ginés...

ASUNCION. (¡Ah! ¿qué es esto?)

CÁNDIDO. ¿Mi sobrino? usted se embrolla;  
usted...

LUIS. Sobra el fingimiento.

¡Todo lo sé!.. ya lo he dicho.

CÁNDIDO. Y ya lo he oído. ¡Qué genio!

Sé que tiene usted razon.

LUIS. ¡Y tanto como la tengo!

(*Luis no habrá cesado de agitar el baston en todas direcciones, dando así motivo á movimientos y gestos de D. Cándido, á quien por fin alcanza.*)

CÁNDIDO. ¡Ay!

LUIS. ¿Qué?

CÁNDIDO. No... ¡nada!.. un nudillo...  
como no deja usted quieto  
ese baston del diablo..

LUIS. Dispénsese usted: lo siento.  
Estoy nervioso...

CÁNDIDO. ¿Es de estoque?

LUIS. ¿Por qué pregunta usted eso?

CÁNDIDO. (Precaucion...) Soy tan curioso...

LUIS. Mírelo usted...

CÁNDIDO. Es de hierro...

¡cómo pesa!

LUIS. (Este hombre es simple,  
ó está muy cerca de serlo...)

CÁNDIDO. Le escucho á usted... (A Segura  
dicen que lo llevan preso.)

(*Oculto el baston colocándose las manos á la espalda.*)

LUIS. Cuando Ginés confesándome  
la verdad, hirió mi pecho  
con el dardo envenenado  
de su dicha y de mis celos,  
viendo para mí imposible  
ya á Elisa, cediendo á un vértigo  
de amor, de despecho y cólera,  
matarlo quise en un duelo.  
Mas despues... naturalmente,  
cobró mi razon su imperio  
y...

ASUNCION. (¡Qué traicion tan inicua!)

LUIS. ¿Qué adelantaba con ello?

CÁNDIDO. (¡Caracoles!.. ¿Si será?..  
¿Si no será?...—No está cuerdo;  
más... por lo mismo, los locos  
y los niños, sin rodeos  
dicen la verdad á secas,  
y sin mirar...)

LUIS. ¡Lo hecho... hecho!

CÁNDIDO. Mas... ¿Qué es lo hecho?..

LUIS. Y Ginés (*Sin atenderle.*)

hizo bien; llegó primero  
que yó... le fué la fortuna  
próspera... ¡¡triunfó!! ¿Qué nécio  
la desperdicia? Mas ella...  
¡Ella con vil intento  
me hizo soñar con la gloria  
para hundirme en el infierno!  
¡Ay de ella! ¡ay de mí! ¡ay de todos,  
si en mi camino la encuentro!

CÁNDIDO Mas...

LUIS. Dispense usted; su hija...

CÁNDIDO. Ella es incapaz...

LUIS. ¡Oh cielos!

¡Pues no intenta defenderla!  
¿No teme usted que el incendio  
de mis iras lo consuman?

CÁNDIDO. ¡Ay! sí señor que lo temo.

(Olvidaba...) Ella es la causa;  
lo confieso, lo confieso.

LUIS. Dígale usted á mi amigo  
Ginés, que nada proyecto  
en su contra...

CÁNDIDO. Adios.

LUIS. Adios.

¿Dónde va usted?

CÁNDIDO. Mis respetos  
á ofrecerle hasta la puerta...

(La catástrofe evitemos  
de que se encuentre á mi hija  
y en viéndola le dé el vértigo.)  
(*Salen por el foro.*)

## ESCENA VI.

ASUNCION.

Que me engaña Ginés, es infalible;  
dejar que obsequie á Elisa y *condenarme*  
triste cosa será; pero posible.  
Posible, ¿y no armo un zafarrancho horrible...?  
¿y cruzada de brazos voy á estarme?  
¿Mas de qué me sorprendo ni me espanto  
cuando engaña á su esposa hasta el más santo?

## ESCENA VII.

DICHA y ELISA.

ASUNCION. (Ella...)

ELISA. (La ocasion llegó.)

ASUNCION. (Mis celos hablar me impiden.)

ELISA. Tenia que hablarte.

ASUNCION. Idem.

ELISA. Me alegro de verte.

ASUNCION. Y yo.

- ELISA. Hay en tu acento desdén.  
 ASUNCION. Dice el tuyo que me esquivas...  
 ELISA. Dijiste que á hablarme ibas.  
 ASUNCION. Tú lo dijiste tambien.  
 ELISA. Pues equilibrios dejemos,  
 propios solo de funámbulos,  
 prescindamos de preámbulos:  
 y hablemos clarito...  
 ASUNCION. Hablemos.  
 ELISA. Pues tú tienes la palabra.  
 ASUNCION. No; tú.  
 ELISA. No.  
 ASUNCION. Serán muy largos,  
 pero escucharé tus cargos  
 antes que mi boca abra.  
 ¿De qué me acusas?  
 ELISA. De envidia.  
 ASUNCION. ¿De envidia?  
 ELISA. En cosas de amor.  
 ASUNCION. Mi acusacion es peor;  
 yo te acuso de perfidia.  
 ELISA. ¿Piensas causarme zozobra?  
 Cuando á Luis Prat escribiste  
 no conocerle finjiste  
 conociéndole de sobra.  
 ASUNCION. ¡Permiteme que me asombre!  
 ELISA. Si de saberlo estoy harta.  
 ASUNCION. No autorizó aquella carta  
 ni mi nombre ni tu nombre.  
 ELISA. Claro está; y bien se penetra  
 la idea que te impulsó...  
 ASUNCION. No enviando la carta yo...  
 ELISA. Más siendo tuya la letra...  
 ASUNCION. ¡Jesús! qué desconfianza.  
 ELISA. ¡Jesús! Cuánta hipocresia.  
 Si él tu letra conocia,  
 ¿quién le daba la esperanza?  
 ASUNCION. Todo en mi contra se acopia.  
 ELISA. No; tú supiste serena  
 al jugar por cuenta ajena  
 jugar por tu cuenta propia.  
 ASUNCION. Si ahora te ha dado el capricho  
 de amarle, ¿qué se consigue  
 con sospechar que él me sigue?  
 ELISA. Hija, tu esposo lo ha dicho.  
 ASUNCION. Ginés vé solo visiones.



ELISA. Tratemos de mi perfidia:  
creo que en cuanto á tu envidia  
la he probado con razones.  
Porque, ¿en qué puede estribar,  
y de oirlo no te irrites,  
que un pretendiente me quites  
si á él no debes aspirar?

ASUNCION. La delincuente presunta  
á quien causaste sonrojos  
puede hacer bajar tus ojos  
sólo con una pregunta.

ELISA. ¿Yo bajar la vista?

ASUNCION. ¡Pues!  
Si lucha de amor se entabla...

ELISA. ¡Asuncion!

ASUNCION. ¡Elisa!

ELISA. ¡Habla!

ASUNCION. ¿Qué tienes tú con GILÉS?

ELISA. ¿Yo? ¡Miserable! ¿Estás loca?  
Esa ofensa, ruda, impía,  
á risa me movería  
á no salir de tu boca.

ASUNCION. Es que...

ELISA. Basta...

ASUNCION. En mi conciencia...

ELISA. Basta, dije... Sella el lábio,  
ó no sé... Sufro el agravio  
mas no sufro tu presencia.  
(Sale por la segunda puerta izquierda.)

ASUNCION. ¿Estaré yo equivocada?  
Pero, no. ¡Si lo escuché!...  
¡Ay Ginés!... Si has delinquido  
sangre has de sudar Ginés!...  
(Sale por la primera puerta lateral izquierda.)

## ESCENA VIII.

D. CÁNDIDO Y GINÉS *entrando por el foro.*

CÁNDIDO. Aquí puedo sin temor  
de que nos oigan, poner  
de relieve tu falsía,

- tu infamia, tu avilantez.
- GINÉS. Bien: ponga usted cuanto guste  
pero dígame usted qué  
resultó de la entrevista.  
¿Luis insiste en que con él  
me he de batir..? ¿de su furia  
aún blanco me quiere hacer?
- CÁNDIDO. Ya á batirse ha renunciado  
por desgracia...
- GINÉS. ¿Ha dicho usted  
por desgracia?
- CÁNDIDO. Sí; eso he dicho  
y lo sostengo...
- GINÉS. ¡Pardiez!
- ¿Está usted loco?
- CÁNDIDO. Muy cuerdo,  
y recuerdo bien por qué  
he dicho, lo que ya he dicho  
y aún lo que diré despues.  
(A falta de un buen discurso  
ahora le voy ce por be  
á endilgar unos versitos  
del Tenorio.. )
- GINÉS. Escucho á usted.
- CÁNDIDO. Ir á sorprender infame  
la cándida sencillez  
de quien no pudo el veneno  
de tu halago precaver...  
Derramar en su alma virgen  
traidoramente la hiel  
en que rebosa la tuya  
seca de virtud y fé...
- GINÉS. Pero ¿qué está usted charlando  
y á quién se refiere usted?
- CÁNDIDO. Proponerte así enlodar  
de mis timbres la alta prez  
como si fuera un harapo  
que desecha un mercader...
- GINÉS. Del Comendador Ulloa.  
no hace usted mal el papel,  
y haciendo yo el de don Juan  
le pudiera responder  
que voy á pegarle un tiro  
si no esplica qué belén  
es este...
- CÁNDIDO. De mi hija Elisa

mancillaste la honradez,  
y esto, en un hombre casado,  
considera lo que es.

GINÉS. ¡Comendador! ¡No seas bruto!  
¡Quién ha inventado eso, quién?

CÁNDIDO. Lo sé de muy buena tinta.

GINÉS. Usted irá á Leganés  
muy pronto, si esa cabeza  
no toma fuerzas...

CÁNDIDO. ¡Cruel!  
¡Herir con un solo golpe  
á Elisa, á mí, á tu mujer!  
¿qué merece tu conducta?

GINÉS. ¿Pero no conoce usted  
que eso que dice es absurdo?  
Yo... un pariente...

CÁNDIDO. Hermano fué  
Cain de Abel, y Cain no obstante  
dió muerte á su hermano Abel.

GINÉS. Vamos, usted tiene empeño  
en que por fuerza ha de haber...  
¿Dónde hay una sola prueba?

## ESCENA IX.

DICHOS Y LUIS.

LUIS. Señores.

CÁNDIDO. (¡Ay, Dios!)

GINÉS. (¡Es él!)

LUIS. Dios guarde á ustedes. Me alegro  
de hallar reunidos á ustedes.  
Ya este señor te habrá dicho...

GINÉS. Dí tú con qué intento vuelves...

LUIS. Aquí me dejé un baston  
y venia á recogerle.

CÁNDIDO. Sí, cierto... allá dentro está...

LUIS. Pensando más friamente,  
de mi anterior arrebató  
me arrepenti... Tú no tienes  
la culpa...

GINÉS. Cierto que nó.

LUIS. Sí, yo estuve inconveniente,

y audaz, y provocativo,  
y hasta loco, si se quiere;  
perdon te pido, tú en cambio  
obrabste como prudente  
y mesurado y sesudo  
como á la amistad conviene  
que nos une, tan antigua  
y tan verdadera siempre,  
aunque hoy un profundo abismo  
entre los dos se establece.

CÁNDIDO. Jóven, usted me es simpático,  
y juraria que tiene  
muy buen fondo, muy buen fondo;  
y aunque su razon padece  
perturbaciones... no importa:  
mientras lúcida se encuentre  
el bien será su objetivo  
y el honor quien le aconseje.  
Hágame usted un favor.

LUIS. Hecho, si de mí depende.

CÁNDIDO. Gracias: usted de mi hija  
me ha dicho...

LUIS. Sé como debe  
conducirse un caballero,  
y hago promesa solemne  
de no volver á pensar  
en ella...

GINÉS. (¿Si será éste  
el que le ha contado al tio..?)

CÁNDIDO. Mil gracias; usted me vuelve  
la tranquilidad...

LUIS. Me alegro,  
y se acabó este incidente.  
Goza tú, mortal dichoso, (*A Ginés.*)  
ya que lo quiso la suerte,  
las inefables delicias  
que Elisa en su amor te ofrece.

GINÉS. ¿El amor de Elisa?

LUIS. Goza,  
ya que te amparan las leyes  
divinas y humanas: nadie  
censurará que la estreches  
contra tu pecho, que amante  
ella te pague comiéndote  
á caricias, que tengais  
media docena de nenes.

- ¡Goza!.. ni lo pena el código  
ni la moral se resiente.
- CÁNDIDO. (¡Anda! Ya echó por los cerros  
de Úbeda.)
- GINÉS. ¿Te has vuelto imbécil?  
Una hija tiene D. Cándido  
que es Elisa.
- LUIS. Sí, corriente,  
tu mujer..
- GINÉS. No, no, no, y nó.
- LUIS. Pues tú dijiste...
- GINÉS. ¿Me quieres  
escuchar? Yo estoy casado  
con Asuncion de...
- LUIS. ¡Me vuelves  
el alma al cuerpo! Permíteme  
que te abraze y que te bese.
- CÁNDIDO. (¡Ay que le vá á dar el vértigo!)
- LUIS. ¡Que al punto se nos presenten!  
¿Con que eran dos? ¡Eran dos!  
¡Llámalas!
- CÁNDIDO. (Si se enfurece  
nos mata.)—¡Asuncion! ¡Elisa!  
Cálmese usted, que ya vienen.

## ESCENA X.

DICHOS. ASUNCION. ELISA.

- ELISA. ¿Qué ocurre?
- CÁNDIDO. Ven.
- ASUNCION. Esos gritos...
- LUIS. Elisa, usted me dispense  
si me atrevo á preguntar  
—de ello mi vida depende,—  
¿Quién es su marido?
- ELISA. Nadie;  
pues qué... ¿alguna duda tiene?
- LUIS. ¡Oh! Ginés, ¿quién es tu esposa?
- GINÉS. Esta. (*Señalando á Asuncion.*)
- LUIS. ¡Dios mio!
- CÁNDIDO. (Está verde

- y pálido y colorado...)  
 LUIS. (*Saludando á Asuncion.*)  
 Señora... — ¡Y tú, mequetrefe  
 que me has dejado creer...  
 CÁNDIDO. (Le volverá el accidente  
 si le contrarian...)  
 LUIS. (*A D. Cándido.*) ¡Ah!  
 Señor, usted que no puede  
 mentir, porque honradas canas  
 de la verdad son perenne  
 testimonio, diga usted,  
 ¿cuál es la mujer de éste?  
 CÁNDIDO. (¿Cuál diré?..) La que usted quiera...  
 LUIS. ¡Burlarse de mí pretende?  
 CÁNDIDO. ¿Yo?  
 GINÉS. ¿Por qué no ha dicho usted  
 la verdad?  
 LUIS. ¡Salgan ustedes;  
 ¡Les reto! ¡Les desafío!  
 ¡les mataré!  
 GINÉS. ¡Luis, sosiégate  
 y escucha!  
 LUIS. No escucho nada.  
 ASUNCION. ¿Con qué derecho pretende  
 interrogarnos á todos?  
 LUIS. ¿Que con qué derecho? Vedle:  
 con el que me dá esta carta. (*Saca la carta del  
 acto primero y se la da á D. Cándido, que se la entrega á  
 Ginés.*)  
 CÁNDIDO. Yo no tengo aquí mis lentes...  
 Léela tu, Ginés.  
 ASUNCION. (¡Dios mio?)  
 GINÉS. ¡Qué veo! Estos caracteres...  
 ¡Sí... no hay duda... esta es la letra  
 de mi mujer!...  
 LUIS. El billete  
 me fué de parte de Elisa  
 entregado; está patente  
 que es Elisa tu mujer  
 y no Asuncion, y que eres  
 un impostor, un villano!  
 GINÉS. ¡Luis!  
 ASUNCION. ¡Qué lio!  
 ELISA. Escuchad...  
 LUIS. (*A Ginés.*) ¡Vente!  
 ELISA. (Cada vez más me convenzo

de que sólo á mí me quiere.)  
 LUIS. En la calle les aguardo.  
 ASUNCION. ¡Oh, no!...  
 ELISA. No saldrán ustedes... (*Deteniéndolos.*)

## ESCENA XI.

DICHOS, *ménos* LUIS.

GINÉS. ¡Aparta!  
 ASUNCION. ¡Ginés!  
 GINÉS. ¡Infame!  
 ¿Pensabas que soy de risco?  
 Pues ves á pagar tus culpas  
 con la existencia ahora mismo.  
 ¿Lo entiendes?—Vida por honra.  
 ELISA. ¡Hombre, no seas ridículo!  
 GINÉS. ¿Yo?  
 ELISA. Tú, si.  
 CÁNDIDO. Pero, ¿qué es esto?  
 ¿Quién desenreda este lío?  
 GINÉS. Esta carta...  
 ASUNCION. ¡No hay tal carta!  
 GINÉS. ¿Cómo que no? ¡Qué cuisimo!  
 Si así niega lo que veo  
 ¿qué hará con lo que no he visto?  
 ELISA. Aunque era suya la letra  
 el espíritu era mío,  
 y respondo de esa carta.  
 GINÉS. ¿A mí con esas?  
 ELISA. ¡Lo digo  
 yo y basta!  
 GINÉS. ¿Qué ha de bastar?  
 Me falta mucho, muchísimo.  
 CÁNDIDO. Sobrina, vé tú añadiendo  
 lo que falta.  
 ASUNCION. Fuera indigno  
 tratar de justificarme  
 cuando en nada he delinquido.  
 ELISA. ¿No dijo el mismo Luis Prat  
 que recibió en nombre mío  
 el billete?

- CÁNDIDO. Lo recuerdo;  
y tambien á mí me dijo...
- GINÉS. Es en balde: no comulgo  
yo con ruedas de molino;  
no tengo esas tragaderas.
- ELISA. ¡Ginés!
- CÁNDIDO. No armeis otro cisco.
- GINÉS. ¡Nada..., nada, ire á buscarle:  
lo mato, lo pulverizo!  
Despues le doy muerte á ella,  
y en seguida me suicido.  
(Alguna vez he de hacer  
comprender que tengo brios.)
- ELISA. Ve á verlo; sí, es lo mejor.  
Vaya usted tambien; confio  
en que al fin han de entenderse.  
El me adora con delirio,  
y cuando al fin se convenza  
de que soy libre y admito  
su amor, todo quedará  
esplicado y concluido.  
Aun aguardando en la calle  
se debe hallar...
- CÁNDIDO. Yo no opino  
por salir. . ¡Estará buenol  
¡Tornóse aquí un basilisco!  
con que en la calle...
- GINÉS. Yo solo  
iré... *(Tomando el sombrero.)*
- CÁNDIDO. *(Lo mata de fijo.)*
- GINÉS. ¡Si que iré! .. *(Nadie se opone  
ni ella trata de impedirlo...)*  
¡Oh! ya no voy. *(Dejando el sombrero.)*
- ELISA. ¿Por qué causa?
- GINÉS. ¡De esa perjura el designio  
favoreciera: muriendo,  
libre quedaba! Desisto  
por hoy; pero á la venganza  
no renuncio.
- ASUNCION. A tus ridículos  
celos renunciar debieras.
- ELISA. Aun dispongo de otro arbitrio  
para que se arregle todo...
- CÁNDIDO. ¿De cuál?
- ELISA. Del más espedito  
*(Se dirige al balcon y lo abre.)*



que es el siguiente... Allí está...  
mira hacia aquí... ya me ha visto...  
con el mozo de la fonda  
está hablando. Me decido  
y le llamo... (*Hace señas*) al punto sube.  
CÁNDIDO. ¿Está su aspecto tranquilo  
o colérico?...

ELISA. No importa:  
en amansarlo confío  
con breves esplicaciones.  
Ya verá usted qué solícito  
se pone cuando le ofrezca  
—contando con su permiso—  
mi mano y mi corazón.  
¿Qué dice usted?

CÁNDIDO. Lo que digo  
es que si eso trae la paz,  
á mí que soy tan pacífico,  
no ha de estarme mal, contando  
tambien con que ese individuo  
no sea loco.

ELISA. ¡Qué ha de serlo!  
Loco está por mi cariño,  
mas lográndolo... Aquí llega.  
(*Aparece Luis por el foro con el mozo de la fonda.*)  
GINÉS. ¿Por qué al mozo trae consigo?

## ESCENA XII.

DICHOS, LUIS Y EL MOZO.

GINÉS. Prescinde de tus furoros  
y verás cómo evidencio...  
LUIS. Suplico á todos silencio.  
¿Conoces á estos señores? (*Al mozo.*)  
Mozo. Ya lo creu: que responda  
por mí el amu, si he marradu.  
Estos son los que han estado  
(*Señalando á D. Cándido y á Elisa*)  
de huéspedes en mi fonda.  
—En la que sirviendu estoy  
quiero decir—Estuvieron

y luego despues se fuerun  
y estos dos llegaron hoy.  
(*Señalando á Asuncion y Ginés.*)

LUIS. ¿Es exacto?

MOZO. Exactu es.

LUIS. Ahora vamos á otra cosa.  
¿Tú sabras cuál es la esposa  
de mi amigo don Ginés?

MOZO. De eso garante non salgu.  
¿esposa es como parienta?

LUIS. Sí, hombre, si.

MOZO. Pues por mi cuenta  
á la que le toca algu  
es á esta, porque los dos (*Por Asuncion.*)  
en el cuarto que dejaron  
(*Señalando á D. Cándido y Elisa.*)  
estos otros, se alojaron  
solitos.

LUIS. ¡Gracias á Dios!

MOZO. Esto tan solu he sabidu,  
y en tal cuarto esta señora (*Por Elisa.*)  
habitaba antes de ahora  
en union de su marido.

TODOS. ¡Su marido!

LUIS. ¡Dios potente!

¡Casada!...

ELISA. (*Con sorna.*) Y no con Ginés...

LUIS. Pues su marido ¿quién es?

MOZO. El señor que está presente. (*Por D. Cándido.*)  
(*Elisa, Asuncion, D. Cándido y Ginés sueltan una car-*  
*cajada.*)

CÁNDIDO. ¡Yo su marido!

LUIS. (*Irritado.*) ¡Y os reis!..

ELISA. Es que el mozo no ha mentido:  
presente está mi marido...  
si quiere serlo D. Luis.

LUIS. ¡Cómo! ¿Yo?..

GINÉS. Pero ¿estás lelo?..

LUIS. Con que al fin... con que usted... ¡ah!

GINÉS. Don Cándido es el papá...

CÁNDIDO. Y rabio por ser abuelo.

LUIS. ¡Oh! ¡Dios! Dejad que me arroben  
sueños de amor sobre humano!..

Besar quiero á usted la mano (*A D. Cándido.*)

CÁNDIDO. Bese usted la suya, jóven.

(*Tomando la mano de Elisa y presentándosela.*)

LUIS. ¡Se cumplió mi afán!  
 ELISA. Tributo  
 pago á su ferviente amor.  
 MOZO. ¿Me puedo marchar, señor?..  
 LUIS. Toma: te premio por bruto.  
 MOZO. ¡Una onza!  
 LUIS. Si; vete pronto.  
 MOZO. ¡Oh! ¡la propina no es corta!  
 Me ha dicho bruto; no importa,  
 dame pan, y dime tonto. (*Váse por el foro.*)

## ESCENA ÚLTIMA.

TODOS, *menos el MOZO.*

GINÉS. Gracias á Dios que á razones  
 te aviniste;—te has portado  
 como loco rematado..  
 LUIS. Pido á todos mil perdones.  
 ELISA. Algo á nuestra dicha falta..  
 (*Indicando que falta el aplauso del público.*)  
 LUIS. ¡Ah!.. (*Dirigiéndose al público.*)  
 —Probado mi argumento  
 de que amor siempre es el cuento  
 de la higuera de Peralta,  
 bien se puede asegurar  
 que virgen, casada ó viuda  
 que no se deja adorar  
 y huye ciega, sorda y muda  
 de quien por ella se pierde,  
 es que está verde.  
 Y virgen, viuda ó casada,  
 que al amante que porfia  
 deja ver en su mirada  
 relámpagos de alegría  
 con torrentes de ternura,  
 está madura.  
 Tambien, llevando mi cuento  
 por muy distinto camino,  
 yo sé que en este momento  
 alguien con miedo supino  
 dirá: —«Si el público muere,

es que está verde.»  
Mas si aplaudes, si nó ha habido  
en tus esperanzas fraude,  
yo diré á renglon seguido:  
«Puesto que el público aplaude  
de seguro, de seguro,  
está maduro.»

FIN

---



## OBRAS DRAMATICAS

DE D. PEDRO MARÍA BARRERA.

¿Quién es el novio?  
Nubes.  
Por un bautizo.  
Un David callejero (\*).  
Moneda falsa (\*\*).  
Una balsa de aceite.  
Verde y madura.  
¡Triste Chactas! EN PRENSA (\*\*\*)

---

## NO DRAMATICAS.

Dos cuadernos (*Poesías*).—Agotada la edicion.  
La comedia de la vida (*Leyenda en verso*).  
La mujer de Jaen (*Estudio de costumbres*).  
El arco iris (*Cuentos y artículos*). EN PRENSA.

---

(\*) Zarzuela. En colaboracion con D. Eduardo de Lustonó.  
Música de D. Manuel Fernandez Grajal.

(\*\*) En colaboracion con D. Juan de Coupigny.

(\*\*\*) Zarzuela. Música de D. Francisco Asenjo Barbieri.